

arranca de las mismas entrañas del Cristianismo: es una afloroscencia magnífica del viejo tronco tradicional artístico, que siente nuevos fervores y nueva pasión por el culto de la naturaleza, en tranquila y ordenada evolución en la forma, sin causar heridas ni profanar la espiritual esencia que contiene. Es precisamente un Renacimiento medioeval, que partiendo del siglo XIII en Italia, llega hasta aquel mismo periodo de Gerónimo Savonarola, de tanta agitación y turbulencia como convenía serlo a la lucha mortal, gigantesca y definitiva, entablada en todos los órdenes de la civilización cristiana, y desgraciadamente resuelta en favor del Realismo crudo y desenfrenado y gentil, que parte de Florencia y Roma para invadir y escandalizar al mundo.

Pero el Renacimiento cristiano habrá marcado antes cual debía ser la tendencia y la finalidad del arte, que no es otra que procurar una innovación profunda en la forma, redimiendo a la belleza natural, que al fin es reflejo de la belleza divina, del olvido más o menos culpable en que comúnmente era tenida, produciendo un más acentuado realismo, sin menoscabo de la parte espiritual. Y este movimiento de sabia orientación pudo y debió indefinidamente mantenerse y perfeccionarse, sin consentir que el paganismo entrase jamás

